

Aproximaciones al origen de la Virgen del Socavón

El destacado investigador Zenobio Calizaya Velásquez, quien nos hablara sobre la iconografía de la Virgen del Socavón en el número anterior de El Duende, enriquece el tema con este nuevo texto sobre los orígenes de la misma pintura.

Se sostiene que la hermosa pintura de la Virgen del Socavón en la ciudad de Oruro, habría sido pintada entre fines del Siglo XVI y principios del siguiente. Aún se añade que la obra se debería a los afanes devocionales de algún minero español.

Lo cierto es que el lugar donde fue plasmada esta singular creación humana, constituía parte de un centro ritual que vinculaba, con probabilidad, a pueblos precolombinos afiliados con los primitivos habitantes de esta región del altiplano, destacándose entre ellos los Urus.

Tras de sucesivas conquistas, primero por los aymaras y luego por los españoles, las imágenes totémicas instaladas en el lugar sufrieron cambios sustanciales hasta que perdieron - podría decirse - sus atributos propios. Al advenimiento de los conquistadores parecían como emparentados con el diablo. Hasta se difundieron metafóricas leyendas en las que, de cualquier manera, las representaciones andinas sucumbían a las del nuevo orden. Uno es Huari, deidad nativa asociada con las montañas y todo lo maligno que la fe católica pudo concebir. Otro es una Nusta generosa, relacionada nada menos que con la Virgen María. Ella finalmente se impone y parece que desde entonces recoge para sí los atributos de Huari, especialmente los relativos a las montañas, las minas y con el correr del tiempo la época propicia de las lluvias, el entorno de la fertilidad o lo que en términos antropológicos se llama el Pachacuti.

La leyenda y la realidad se funde en un producto notable: la pintura, cuyo soporte es un muro de adobes, y el cerro Pie de Gallo que le sirve de marco portentoso.

Los mineros españoles no lograron desembarazarse completamente de la



imagen de Huari, Vieron, hacia 1609, cómo el entorno más próximo al cerro constituía todavía lugar de adoratorio «pagano». Contemplaron, hasta con cierta diversión, el juego del ayllu que se desarrollaba periódicamente en el lugar. Acaso tardaron bastante para darse cuenta que esa práctica aparentemente inocente y de teatro callejero, era una representación de la «caza de la vicuña», es decir, una expresión ritual religiosa que nada tenía que ver con la fe católica. Más allá, hacia la cumbre alta, supieron aquellos mineros que habían vetas de plata explotadas desde el tiempo de los Incas, y las supieron aprovechar, incluso nombrando a una de tantas minas como Nuestra Señora de Guaritoca, que evoca al dormido Huari. Paralelamente, su fe traída desde allende el mar, les obligaba a recordar a la Virgen María. Bautizaron a muchas minas con advocaciones a la Virgen de Copacabana, cuya imagen se

adoraba a la sazón en las orillas del Lago Titicaca. El mismo socavón donde se halla la pintura fue conocida como la mina de Nuestra Señora de Copacabana, alusión que no podía ser más obvia.

Don Josermo Murillo Vacarreza, patrício orureño, supone que debe existir el contrato jurídico por el cual el anónimo español contrataba los servicios del desconocido artista, para plasmar sobre adobe y barro lo que sería a la postre la razón de un inigotable peregrinaje anual y la expresión de fe y folklore más grandiosa en esta parte de América, sólo que bajo otras reglas más afines a la fe heredada de los conquistadores. Estamos tras la búsqueda de ese indudable tesoro, sumergido como hasta hoy en incontables infolios que guardan nuestros archivos, particularmente los del edificio judicial de Oruro.

He aquí que en esa búsqueda incesante hallamos un singular documento de octubre del año 1804, que ilustra para nuestra generación cómo para entonces se hallaba muy arraigada el culto de Nuestra Señora del Socavón. Dice:

«Reseví de Vicente Ribera, una aroba de sera labrada para el servicio del culto de nra Señora del Socabon por boluntad de la finada su mujer Melchora Losano y para que conste le dí este en Oruro a 30 de octubre de 1804. Manuel Esteban Maldonado».

Con esto, queremos ofrecer a nuestra sociedad un pequeño aporte con la esperanza de que contribuya a que el Carnaval de Oruro reconocido como Patrimonio Intangible de la Humanidad, Dios mediante, fortalezca su identidad cultural.

Zenobio Calizaya Velásquez
Escritor - Oruro.